

dia destruir sus grandes planes: las familias diezmadas por la conscripción militar, veían con disgusto alejarse sus hijos sacrificados á la ambición de un conquistador: los tenientes del Emperador y sus generales cansados ya de batallas abandonaron murmurando las dulzuras del reposo, y los mismos senadores y consejeros de la corona veían con espanto la nueva empresa de su jefe: al fin marchó: y su marcha triunfal hasta las extremidades de las fronteras de Polonia, templó las inquietudes de su salida; pero en breve se renovaron y aumentaron estas, cuando se vió que los Rusos retrocediendo á la vista de nuestros ejércitos solo nos abandonaban, en lugar de trofeos, campos devastados, ciudades reducidas á cenizas: el descontento general comprimido en otros tiempos por la presencia de Napoleon, principió á reinar sordamente, y no era tanto el ódio como el dolor, el que producía el temor de desastres tan crueles. Malet y los conjurados creyeron ver en la opinión pública la seguridad de su triunfo: Napoleon y su ejército á 800 leguas de Paris dejaban un campo libre á sus designios, y resolvieron dar el golpe tan largo tiempo meditado en circunstancias en que todo les persuadía que obtendrían el resultado que se habían propuesto. Los conspiradores pues, tomaron sus últimas resoluciones en los días primeros de octubre de 1812, habían determinado enviar una diputación de personages de un rango eminente (1) al Rey Luis XVIII y al gabinete británico para que acelerase la vuelta de *Moreau*: se mantuvo la dictadura ó gobierno provisional instituido en 1808 debiendo hacer parte de esta autoridad transitoria los SS. Moreau, Alexos de Noailles y Mateo Montmorenci: se avisó á los conjurados de que estaba próximo el momento de la ejecución: los presos trataron de recobrar su libertad y se convino al fin en que principiarian á obrar los republicanos, y que principiado el movimiento, acudirían los realistas á sostenerlo. Malet cuya actividad prodigiosa y sólida cabeza serían increíbles, si no

(1) Los Sres. de Polignac, entonces presos y uno de ellos sentenciado á muerte por la conspiración de Jorge Caudoubul, fué perdonado por Napoleon: desde 1830 yace este mismo Polignac muerto civilmente en el castillo de Ham, como cómplice de la publicación de las ordenanzas de Julio, que además de la desgracia de sus compañeros de ministerio, produjeron el destronamiento de Carlos X. Parece que la suerte tenía destinada al cadalso la cabeza de este personage desde sus mas tiernos años, y gracias puede dar á la ilustración del siglo en que vive de que su sangre no haya regado el suelo que le vió nacer: Napoleon le salvó en aquella época, Luis Felipe I lo hizo en 1830 y tal fuera su ceguera que si se viera libre aun trataría de envolver á su patria en los horrores de la anarquía y despotismo.